

volucion de 1835 ni la de 1836 las hizo el partido progresista, que á la sazón no existía, que sus principales autores fueron hombres políticos que habían ocupado los primeros puestos en el partido moderado, constituido y organizado mas tarde; que en las Cortes de 1837 fué donde puede decirse que se creó el partido progresista, y la Constitución de aquel año, obra suya, le hacia ocupar un lugar distinguido en la historia; sigue haciéndola de sucesos posteriores, justificando los actos de los progresistas á la vez que enumeraba lo que con ellos se había hecho y añadió: «si en 1854 volvieron al poder, no fueron quienes hicieron la revolución, pues los que la hicieron le pidieron su auxilio y se prestó á conquistar lo que de derecho le correspondía, teniendo nuevamente la desgracia de ser poder despues de otra revolución, y que ahora era la vez primera que el trono volvía la cara hacia los progresistas, pudiendo estar seguro de que le prestarían y á su dinastía identificada con las instituciones políticas, grandes é importantes servicios, y de que no harían con S. M. lo que había hecho *La Correspondencia*.—Sí, contestó la Reina, es verdad, he leído los periódicos progresistas y todos me defienden y condenan lo hecho por *La Correspondencia*; los he visto con mucho gusto, y no es verdad que la crisis la ha provocado ninguna cuestión política, sino la de personas; os autorizo para que lo digais en todas partes. Y bien, preguntó, ¿á qué partido os parece que me dirija, á qué hombres?» Contestaron á fuer de leales y constantes progresistas, «que se haría gran daño á su partido llamándole á la sazón á gobernar, porque blanco privilegiado del anterior ministerio por su plan de descomposición de los antiguos partidos, se hallaba desorganizado y dividido, que existían odios que imposibilitarían á los elegidos para gobernar el dar los importantes resultados que podía y debía dar con sus doctrinas y principios aplicados en buenas condiciones y en el terreno de la estricta legalidad; y si bien no deseaban que entonces gobernase, confiaban podría hacerlo pronto con gran provecho de todos y propio; que si S. M. se decidía por los moderados, evocase funestos recuerdos; que cuando el mundo estaba conmovido no debía provocarse á los pueblos... que ofrecieran los nombres garantías de liberalismo... y que preparasen y auxiliasen la reorganización de los partidos para que pudieran funcionar libre y desembarazadamente en las circunstancias en que á cada uno de ellos tocaba constitucionalmente hacerlo.»

No comprendía Cortina que O'Donnell tratase de disolver las Cortes con una mayoría de 180 votos contra 80, si bien otro ministerio no podía menos de hacerlo y «demostró á la Reina el mal origen, por punto general, del Congreso, compuesto en gran parte de diputados impuestos por el gobierno y elegidos á fuerza de maniobras que no quería calificar; que así se falseaba la opinión del país y se inducía á error á la Reina, porque no era verdad que mayorías así amañadas representarían la verdadera y genuina expresión del país; que abusando del poder que S. M. misma ponía en manos de sus ministros, se hacía una mayoría que les apoyase y diese plaza cerca de los monarcas, lo cual era la mas funesta de las decepciones en un gobierno representativo; que despues de cuatro años y de tantos malos papeles como se le había obligado á hacer, había visto la poca fuerza moral y parlamentaria de la mayoría y hallándose en la minoría todos los hombres políticos importantes; que aun cuando pudiese reunir mayoría debía decretarse la disolución, porque esto mismo acababa con el prestigio de la institución que tanto importa conservar, y que si había de salirse del círculo vicioso en que se estaba, debían hacerse las nuevas elecciones con toda libertad, para que su resultado fuera la verdadera expresión de los pueblos, siendo la influencia del gobierno la de remover cuantos obstáculos se opusieran á la libérrima emisión del sufragio.»

La importancia de lo que dejamos expuesto, disculpa el que nos hayamos detenido á referirlo. Los acontecimientos que en breve empezaron á sucederse con vertiginosa rapidez, aquilatan mas y mas el valor de los notables consejos de Cortina, á quien debemos su revelación. La crisis de aquel ministerio lo fué también para la monarquía, que empezó á navegar por mares tormentosos y sin rumbo.

## CAPITULO II

Ministerio Miraflores.—Retraimiento de los progresistas.—Nuevos ministerios.

No admitiendo la Reina la disolución de las Cortes, que era la base del ministerio formado por los señores Armero y Mon, le constituyó con urgencia el 3 de marzo de 1863 el marqués de Miraflores, bajo su presidencia, con el marqués de la Habana, Vaamonde, Sierra, Mata y Alós, Monares y don Manuel Moreno Lopez, que se encargaron respectivamente de los despachos de Guerra, Gobernación, Hacienda, Marina, Gracia y Justicia y Fomento. Dijo Miraflores que gobernaría con política propia, no siendo continuación ni antagonismo de lo pasado, sí conservadora, completamente constitucional y tan liberal como lo exigía el siglo; que atendería la moralidad y la capacidad; no se removería á ningún funcionario público; que rebajaría mas de 23 millones á los presupuestos; retiraría todos los proyectos de ley de carácter político; pensaría sobre la reforma que se hizo á la Constitución en el año 57: que la bandera del gabinete era la de conciliación, y la aspiración de su presidente el que se pudiera decir sobre su tumba: Aquí yace un hombre honrado.

La unión liberal combatió rudamente á este ministerio, y fué á la vez combatida, calificándola Cánovas de panliberalismo. Poco justa fué la oposición que se hizo al gobierno por no celebrarse la acostumbrada procesion del 2 de mayo, y trabajo costó á Miraflores convencer á la Reina que no se efectuara al domingo siguiente, como deseaban los progresistas y á ello se inclinaba aquella señora diciendo que era ella muy española.

Suspendiéronse el 6 las sesiones de aquella legislatura; creóse el ministerio de Ultramar, del que se encargó interinamente el marqués de la Habana y despues don Francisco Permanyer; una circular sobre futuras elecciones disgustó á las oposiciones, mas por lo que callaba que por lo que decía, y dividió al ministerio que se reforzó con Alonso Martínez, quedando fuera Vaamonde.

Al convocar Miraflores para el 4 de noviembre nuevas Cortes, disueltas las anteriores en agosto, y designar el día de las elecciones, repitió su programa mostrando su deseo de que no hubiera mas que dos grandes partidos legales, el conservador y el progresista, y ofreció á Olózaga que no se opondría á una respetable minoría progresista. Otra circular que limitaba el derecho á las reuniones electorales á los electores, produjo nueva disidencia en el ministerio y la protesta de los demócratas y progresistas, declarando estos á poco su retraimiento; lo cual, bien considerado, era el primer paso á la revolución. La circular del 20 de agosto fué un pretexto, no la causa, porque ya había practicado el partido progresista la exclusión de los no electores en la junta que presidida por Mendizabal se celebró el 19 de febrero de 1843 en el ayuntamiento de Madrid: allí no se permitió hablar al que no era elector y se echó del local al que no tenía aquel carácter. Antes que los progresistas de Madrid protestaron de la circular los demócratas de Barcelona. No faltaron algunos jóvenes progresistas que protestaron del retraimiento, por querer el triunfo solo por las vías legales; pero los mas aceptaron tan extrema resolución, grandemente aplaudida por los demócratas, que eran los que mas ganaban.

Los progresistas se consideraron desheredados: ni aun siquiera nombraban á la Reina en su manifiesto; miraron como invencibles los obstáculos tradicionales, y pensaban que retrayéndose, sus contrarios políticos, de suyo divididos y odiándose, se anularían, haciendo imposible todo gobierno. El partido progresista se mostró fuerte, y alardeó de su fuerza en el entierro de Calvo Asensio, director de *La Iberia*.

El reemplazo del señor Moreno Lopez con don Victoriano Fernandez Lazcoiti; las elecciones que revelaron marasmo é indiferencia; los obsequios á la Emperatriz de los franceses, que nos visitaba para cerciorarse de los grados que señalaba el barómetro dinástico en España; la venida de una embajada annamita á satisfacer nuestra vanidad ya que no se había satisfecho, si no por los annamitas, por los franceses, nuestra justi-

cia y derecho, y las dimisiones y relevos que menudearon al aproximarse la reunión de las Cortes, distrajerón la atención pública hasta la apertura de estas. En el discurso régio se procuró lisonjear á todos los partidos y alentar todas las esperanzas de mejoramiento. Para todo se ofrecían proyectos de ley, saludables reformas. La misma prodigalidad informaba lo estéril del propósito. Aun el que mostró el gobierno á favor de los progresistas, no pasó de un buen deseo no realizado al incluir á tres de aquel partido en una promoción de 48 senadores. Retraídos todos, solo tomó asiento en el Congreso don Joaquín Garrido.

El gobierno tenía enfrente de sí en las Cortes á los moderados y unionistas, de los que triunfó en la elección presidencial, que la obtuvo Ríos Rosas. De su energía y de su carácter se necesitó en aquellas sesiones tumultuosas, de mutuas acriminaciones, y no estuvo menos valeroso el ministerio, despues de lo que le dieron que hacer los propagandistas de la Iglesia española reformada, ó sea protestante, procesados en Andalucía, en presentar la reforma constitucional, creyendo acallar los ánimos, y atraerse á la grandeza. Esta misma grandeza tan elocuentemente defendida por el ministro de Fomento, mató á aquel ministerio.

No aceptando Ríos Rosas, y no pudiendo vencer delicadas resistencias el marqués del Duero, encomendóse la formación del nuevo gabinete á don Lorenzo Arrazola, que pretendió le ayudaran Ballesteros y Cánovas, y constituyóle al fin encargándose de la presidencia y cartera de Estado, y de las de Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda, Gobernación, Fomento, Ultramar y Marina, los señores Alvarez, Lersundi, Trúpita, Benavides, Moyano, Castro y Rubalcaba.

Moderado histórico, templado, conciliador se declaró este ministerio al presentarse á las Cortes el 18 de enero de 1864, y de conciliación mostró deseos amparando los trabajos electorales de los progresistas. Pero no se trataba de gobernar sino de halagar influencias y satisfacer ambiciones políticas y mercantiles, y considerándose á poco incompatible con aquellas Cortes, propuso su disolución ó su retirada. A los tres días se presentó el nuevo gabinete presidido por Mon y compuesto de los señores Pacheco, Mayans, Marchesi, Salaverría, Pareja, Cánovas, Ulloa y Ballesteros, ofreciendo devolver su integridad á la Constitución de 1845, reprimir los excesos en las elecciones, realzar el prestigio del Congreso, modificar la ley de imprenta, y en resumen: defender los principios fundamentales de la sociedad española y desenvolver y aplicar en sentido liberal la Constitución del Estado.

Procuró cumplir sus ofertas, discutióse tranquilamente cuanto propuso el gobierno, la reforma de la ley de imprenta llevó los periódicos á los consejos de guerra; aseguró el ministerio su existencia por el apoyo de O'Donnell, pero la inercia era el efecto de la escasez de vigor político. Bien podía decirse que la corona estaba sin norte, el gobierno sin brújula, el Congreso sin prestigio, los partidos sin bandera, las fracciones sin cohesión, las individualidades sin fe, el tesoro ahogado, el crédito en el suelo, los impuestos en las nubes, el país en inquietud, la revolución en actitud amenazadora, la prensa perseguida ó silenciosa, y el poder condenado uno y otro día por los consejos de guerra que absolvían á los periódicos á ellos sometidos.

Animó un tanto este marasmo político el regreso del Rey, que fué á París á pagar la visita de la Emperatriz, trayendo el compromiso del reconocimiento del reino de Italia y de la venida de la Reina Cristina. Y cuando estos dos asuntos soliviantaron tantas pasiones en palacio, se decidió el relevo del ministerio.

Con O'Donnell convino la Reina en la formación de un gabinete moderado, al que aquel daría su apoyo, y muy especialmente si le constituía Narvaez, con una política de resistencia que encauzara á la democracia. Sabedor Narvaez de lo que se trataba y con el propósito de desmentir con hechos los propósitos ó esperanzas de la Reina y O'Donnell, formó el ministerio, bajo su presidencia, con los señores Llorente, Gonzalez Brabo, Córdova, Barzanallana (don Manuel), Arrazola, Seijas Lozano, Galiano y Armero. En su circular-programa se mostraron liberales; amnistiaron todos los delitos de imprenta,

condonando y devolviendo multas, y disolvieron las Cortes. Al ponerse Prim á la cabeza del partido progresista se fué este ostentando mas unido y compacto; volvieron á sus filas los que se habían ido á las de la unión liberal, y se estrecharon con algunos banquetes, considerándose ya Espartero sustituido en la jefatura activa del partido por Prim. El retraimiento le llevó á la revolución. Temiéndola Cristina, se interesó, á su regreso á Madrid, porque no se prescindiera de aquel partido de la manera que se prescindía; pero no fueron oídos sus consejos; siéndolo, hubiérase evitado la publicación del manifiesto del 29 de octubre, que calificaba de farsa la próxima lucha electoral, combatía la gangrena política que impedía el turno pacífico de los partidos, decía que los desatados elementos de la mogigatoeracia no los enfrenaba la elección de cámaras populares por ser el Senado un valladar del triunfo en los comicios, que se había ido aprendiendo en la infecundidad legislativa de los últimos combates parlamentarios, que todo se esterilizaba en el campo del oscurantismo y todo se estrellaba en los obstáculos tradicionales; se condolia de los congresos de real orden, enumeraba los abusos electorales, de cuya farsa no querían ser cómplices, é insistía en el retraimiento por continuar los motivos que á él le impulsaron. Acudieron, sin embargo, á las elecciones municipales, triunfando en algunos distritos de Madrid y de provincias, y esto alentó á los opuestos al retraimiento, que trabajaron para que en vez de buscar el *nihilismo* en el vacío, se luchara en los comicios, en la imprenta y en la tribuna.

Y no dejaba de ser propicia la ocasión, por la crisis que surgió entonces. Aunque el gobierno había ganado las elecciones, ayudándole en algunos puntos los progresistas, que en odio á la unión liberal prescindieron particularmente del retraimiento para votar á los candidatos ministeriales ó moderados, dimitió primero Llorente; el abandono de Santo Domingo, al que se oponía la Reina, produjo la dimisión de los demás ministros, se encargó á Isturiz la formación del nuevo gabinete, no quiso ser jefe de un ministerio pantalla, como pretendía O'Donnell lo fuera, y dióse maña, en tanto, Narvaez, para convencer á la Reina de la conveniencia de abandonar á Santo Domingo y continuar en el ministerio.

Empezaron las Cortes sus tareas el 22 de diciembre, presidiéndolas don Alejandro de Castro, y al Senado el marqués del Duero, invirtiendo meses en discusiones estériles, en las que no aprendió otra cosa el país sino que se veía en lontananza la revolución y que el estado de la hacienda era deplorable, en cuyo departamento reemplazó á Barzanallana don Alejandro de Castro, que presentó los presupuestos con el ilusorio sobrante de 45 millones de reales.

Tuvo efecto entonces la cesión que hizo la Reina del 75 por ciento de las propiedades del real patrimonio cuya venta convenía. Presentóse admirablemente este acto, y de él se tomó pretexto para hacer un llamamiento á todos los partidos á fin de salvar la hacienda.

Eran muchas las contrariedades que experimentaba el ministerio, y hasta de donde no podía esperarlas, de los mismos obispos, que publicaron la encíclica *Quanta cura* dirigida por Su Santidad el 8 de diciembre de 1864 á todos los prelados de la cristiandad, y el *Syllabus*, resumen que comprende los principales errores de nuestra época y se señalan en las alocuciones consistoriales, en las encíclicas y demás letras apostólicas de Pío IX, sin haber obtenido el pase; y aunque la publicación podía hacerla la prensa, porque tales documentos eran ya conocidos en toda Europa, no podían, ni debían, sin embargo, los prelados, acompañar su publicación con exhortaciones impolíticas unas y poco convenientes otras para el gobierno. Este, previo informe del Consejo de Estado, concedió el pase á la encíclica y al *Syllabus*, sin perjuicio de las regalías de la Corona y de los derechos y prerogativas de la nación, y adoptó otras disposiciones para no verse en lo sucesivo en el caso de ser el último que conociese tales documentos.

Pronto tuvo Narvaez ocasión de arrepentirse de no haberse mostrado mas regalista en el anterior asunto, pudiendo así dominar el dualismo que existía en el gabinete. Por abdicar algun tanto de su omnipotencia ministerial, posteriores suce-

sos le exacerbaron, haciéndole perder la calma para faltar á la justicia; no la hubo para separar de la manera que se separó á Castelar de su cátedra, por su artículo titulado *El Rasgo*, aludiendo á la régia cesion, ni para reemplazar al rector de la Universidad, y mucho menos para las escenas que tuvieron lugar del 8 al 10 de abril, atropellando patrullas de infantería y caballería á pacíficos é indefensos transeúntes, y de tan feroz manera que con razon fué calificado aquel acto de brutal ojeo. Nunca se ha castigado de tal manera una manifestacion estudiantil, que no era otra cosa, pues protestaron su participacion todos los partidos. Allí se vió que se buscaba una resistencia que no se encontraba, que se provocaba inútilmente; por lo que fué grande la indignacion pública y se sublevó toda conciencia honrada al saber las víctimas que produjo aquella horrible hecatombe. Haciéndole ella recordar al ministro de Fomento, Alcalá Galiano, la del 10 de marzo, en Cádiz, se afectó tanto con la discusion que se promovió en el Consejo, que le costó la vida.

El ayuntamiento y la diputacion provincial se divorciaron del gobernador civil por la parte que tuvo en aquellos sucesos. A la primera corporacion sucedió otra nombrada de real orden, y el gobernador civil fué reemplazado.

Triunfó el gobierno en la discusion que produjeron los anteriores acontecimientos; pero no se rehabilitó en el concepto público, le abandonó el centro parlamentario, y viendo, por el reemplazo del marqués de Alcañices, que no contaba con el favor de palacio, dimitió.

La política que seguian la Reina y sus ministros, no podia ser mas favorable para la revolucion. Apenas se concibe tanta ceguedad.

Desvanecidas con la caída del ministerio Arrazola las esperanzas que la Reina habia hecho concebir á Prim, prescindió este de toda legalidad. Detrás del banquete del 3 de mayo de 1864 en los Campos Eliseos habia un importante movimiento militar perfectamente organizado. El discurso anti-esparterista de Olózaga, lo desbarató. Los militares comprometidos, afectos todos á Espartero, consideraron como una ofensa el que se le relegara de la jefatura del partido, y como un peligro para la Reina, y se suspendió el movimiento. Preparólo para la noche del 6 de junio, primero, y para la del 6 al 7 de agosto despues; no pudo realizarse por tener algunas noticias de la autoridad, que efectuó prisiones y destierros y desconcertó por entonces todos los planes, si bien continuaron conspirando los progresistas. Pero con mala fortuna: fracasó el movimiento bien preparado en Valencia—junio de 1865—á donde acudió Prim disfrazado, y para el que se contaba con la guarnicion, faltóle la de Pamplona, y ni en Zaragoza, en la Mancha y otros puntos pudieron ejecutarse las sublevaciones que se ofrecian como seguras.

No pudo menos de comprenderse que la actitud de los progresistas era un peligro inminente para el trono, y al encargarse O'Donnell de la formacion de un nuevo ministerio, ofreció tres carteras á los directores de los tres periódicos progresistas; aceptábala el del *Progreso Constitucional* y rechazada por Fernandez de los Rios que dirigia *La Soberanía Nacional* con el lema de *todo ó nada*, no se brindó Sagasta, director de *La Iberia*, y se constituyó el gabinete con Posada Herrera, Zavala, Alonso Martinez, Cánovas, Vega de Armijo, Calderon Collantes, y Bernudez de Castro.

Prévia una amnistía, sin excepcion, para toda clase de delitos de imprenta, y la reposicion del ayuntamiento de Madrid, expuso en las Cortes el 22 de junio—1865—su programa político desplegando su bandera de union liberal, á la que llamaba á cuantos de ella se habian desprendido y á cuantos quisieran prestar su concurso al gobierno; retiró los reaccionarios proyectos de ley de imprenta presentados por el gabinete anterior; ofreció un proyecto de ley electoral de grandes circunscripciones, verificándose la eleccion por provincias y rebajando el censo á la mitad,—200 rs.—; activar la desamortizacion eclesiástica; reconocer el reino de Italia y sostener el orden público.

Para desarmar á los progresistas entabló O'Donnell relaciones con Prim, pretendió este que se abandonara el retraimiento, pero una asamblea de los representantes de todos los

comités votó que en él se continuara. Y el gobierno, sin embargo, colocaba á los militares que los progresistas designaban, desterraba á Roma con pretextos religiosos á Sor Patrocinio y al P. Claret, hacia viajar tambien á otras influencias palaciegas, que en su bastarda intervencion ó intriga política atendian mas á su peculiar interés que al de la Reina y al de la patria; y á pesar de la oposicion de los prelados que causaron una verdadera agitacion político-religiosa, se reconoció, como una necesidad política, la unidad del reino de Italia, que era ya un hecho consumado. En vano trató una gran parte del clero de soliviantar los ánimos de las masas en algunas provincias, contra el gobierno y aun contra la Reina.

### CAPITULO III

Insurrecciones.—Cambios de política.—La reaccion en el poder.

En busca de salud, si no de tranquilidad, se trasladó la corte á Zarauz para tomar la Reina baños de mar. El natural sosiego á que convida la vida en el campo, no reflejaba en aquella sazón la paz política; evidenciaba por el contrario hallarse esta tan agitada como las olas que con tanta frecuencia, en aquella turbulenta costa, se estrellan al pié del palacio que ocupaba la Reina, asentado en la pintoresca orilla del Océano. Allí pasó la corte el estío, y como si la perturbacion de los partidos políticos no fuera bastante á ocupar al gobierno y á la Reina, aun se produjo un extraño conflicto de mal carácter y peor género. En él mostró el gobierno su fuerza logrando expulsar de la corte al secretario particular de la Reina que acababa de llegar llamado por esta misma señora. No temió el gobierno al centro isabelino que se estableció en Bayona, y aunque apenas tomó parte en la mision que llevó Cristina al lado de su hija, para que esta transigiera con los progresistas, cuya actitud la asustaba, entraba en las ideas del ministerio atraerlos á la legalidad de que se separaban para ir á la revolucion.

Distrajeron los ocios de la corte, la visita primero del duque de Aosta, y en San Sebastian despues la de los Emperadores franceses, devolviéndoles la Reina la visita en Biarritz.

En lo que no estuvo bien aconsejada la Reina al regresar de las Provincias Vascongadas, fué en su larga residencia en la Granja, huyendo del cólera que reinaba en Madrid; lo cual produjo fundado descontento en la opinion pública, sabiendo aprovecharle los partidos antidinásticos para divorciar á la corte con el pueblo porque no compartia con él sus peligros y desgracias. El disgusto que entonces ocasionó en Zaragoza un impuesto de consumos, alteró el orden, que pudo haberse apaciguado ostentando la fuerza, no haciendo uso de las armas, siendo responsable el general Zapatero de las víctimas que ocasionó su falta de don de mando. En el mismo sentido hubo tambien alborotos en Lérida, Tarazona, Villanueva y Geltrú y en otros puntos; contribuyendo todo á que acreciera el malestar que por todas partes cundia; que se exacerbó en Madrid por el recrudecimiento del cólera, ocasionando esto la creacion por los progresistas de la humanitaria asociacion de los *Amigos de los pobres*, que tan admirables resultados produjo. Como si sus individuos trataran de que su proceder contrastara con el de otros mas conspicuos, ejercieron la caridad hasta el heroísmo, sacrificando muchos su vida por salvar la del prójimo, siendo víctimas algunos de su abnegacion y de su virtud. Cuando esto sucedia en Madrid, cuando se separaba á los empleados que no regresaban á sus puestos, cuando algunos grandes hacian alarde de no salir de la villa á negocios de interés porque no se creyera que huian del peligro, la corte continuaba en la Granja, si bien envió un millon de reales y otras cantidades para las suscripciones que en Madrid se abrieron en beneficio de los pobres. Gran beneficio dispensa el dinero á la desgracia; pero no infunde en el alma ese goce interior, no la da ese consuelo que proporciona el interés de la asistencia amiga, y máxime si le dispensa la mas elevada jerarquía de una nacion. Nunca pareció la Reina de Hungría mas grande que curando á los leprosos, lo cual le valió la santidad.

Disueltas las Cortes el 10 de octubre y convocadas las nue-

vas para el 27 de diciembre, se efectuaron las elecciones con escasa animacion por falta de lucha en todos los distritos. El partido progresista, despues de mostrar en una reunion numerosa, celebrada en el Circo de Price, la diversidad de tendencias que le trabajaban, pues segun el señor Olózaga, no habia habido en la direccion la unidad indispensable, faltando la de pensamiento y la de accion, y la confianza mutua, dejaba de tomar parte en la direccion del partido y se insistió en el retraimiento á disgusto de los que no querian la revolucion, que salieron de esta junta profundamente afectados: los demócratas, que llamaban á su partido el del porvenir, marchaban unidos con los progresistas, y los moderados que tambien se reunieron, querian el retraimiento, pero como esto era revolucionario, dejaban en libertad á sus individuos para que asistieran ó no á las urnas. Se publicaron sendos manifiestos, no faltó el del comité de la union liberal, todos ofrecian la felicidad del país, y al abrirse las Cortes, se prometia la Reina en el discurso de apertura «que, con una política tolerante sin ser débil, represora del desórden sin crueldad, y con firmeza y teson para realizar sus propósitos, desembarazaria el camino fácil de perfeccion y de progreso á que están llamados los individuos y las naciones; y teniendo todos por única mira el interés público, por guía la opinion nacional, por regla el respeto á la ley, é invocando siempre el nombre de Dios, nunca faltaria, como lo esperaba, entre los poderes del Estado aquella cordial inteligencia que afirmaba la tranquilidad y el progreso en lo presente y preparaba dias prósperos y felices á las nuevas generaciones.»

A los pocos dias varió tan lisonjera perspectiva. Prim se puso el 2 de enero de 1866 á la cabeza de algunas fuerzas sublevadas contra el gobierno, las únicas que no faltaron á los compromisos contraídos, aunque la culpa mayor estuvo en la ineptitud de algunos de los agentes, cuya falta de tacto ocasionó tambien fusilamientos como el del capitán Espinosa y dos sargentos.

Sin infantería, Prim renunció á su plan y se propuso ganar tiempo, sin alejarse mucho de la corte, esperando le ayudasen algunos de los muchos que lo ofrecieron; presentó como programa la reunion de Cortes Constituyentes; vió que solo podia contar con los regimientos de caballería Calatrava y Bailén, que salieron de Aranjuez y pocos paisanos por carecer de armas para todos los que se presentaban; y activamente perseguido por Zavala; sin recursos por no querer gravar á los pueblos; imposibilitado de llevar la insurreccion á Andalucía; sin poder reponer los caballos fatigados y sin municiones, resolvió marchar á Portugal á esperar ocasion mas propicia. Entró resignado en aquel reino el 20, por Barranco, y alabó el comportamiento que con él y con los que le siguieron, tuvieron los portugueses.

Gran desengaño experimentó Prim, porque aquella insurreccion contaba con muchos y poderosos elementos militares; con casi todas las fuerzas que guarnecian á Madrid, y las que estaban acantonadas en Leganés, Torrelaguna, Alcalá y en otros puntos, excepto los ingenieros y la artillería. Pero se cometieron indisculpables torpezas, y por ligereza y aturdimiento de Lagunero dejó de unirse á Prim el regimiento de caballería de Albuerca, acuartelado en Alcalá de Henares, y las dos compañías de cazadores que habian de proteger el pronunciamiento de la caballería.

Comprometido tambien el batallon de Almansa, que guarnecia á Valladolid, salió en un tren preparado que le condujo á Zamora, donde debia unirse el batallon de Africa y los carabineros; pero tambien aquí hubo omisiones y descuidos á pesar de ser los pronunciados dueños de sus acciones y de las poblaciones que ocupaban. Fué tal el desconcierto ó la falta de resolucion, que al llegar á Zamora en un tren las fuerzas que se habian pronunciado en Avila, se vieron abandonadas de sus compañeros, retrocedieron á Toro y de esta ciudad á Portugal. Así fracasó el movimiento de Castilla la Vieja, de gran solidez, y que cumplia los deseos de Prim, que eran, no hacer una revolucion, sino un cambio de situacion política, pues habiéndole hecho su amigo Muñiz, que fué uno de los principales agentes para preparar el movimiento, observaciones de los inconvenientes y dificultades que podria

ocasionar tanto movimiento en los cantones, y cuánto mejor era la concentracion de fuerzas tomando la iniciativa la capital, contestó: «Tiene usted razon, pero temo que la mezcla de paisanos y soldados, haga perder á estos la disciplina y me tiren el trono por el balcón; y de este modo me pongo á las puertas de una capital sublevada moralmente, con fuerzas superiores á su guarnicion; la corte se rinde, y cuando el país se aperciba del pronunciamiento, ya tiene un gobierno que sin sangre ni disturbios, ha verificado el cambio político.» Y dijo despues: «que impulsado por amor á la patria y á la libertad, habia iniciado una revolucion política destinada á salvar la propiedad y la familia de la tremenda revolucion que las amenazaba.»

Una casual coincidencia imposibilitó el movimiento del regimiento de Burgos que acababa de llegar á Madrid procedente de Valencia; y al ser conducido aquella mañana por el brigadier duque de Gor, mandó Rada, que habia sido su coronel y disponia del regimiento, á decir á don Joaquin Aguirre, que desde donde estaba el cuerpo, afueras de la Puerta de Toledo, se encontraba dispuesto á dar el grito, tomando posesion del barrio de aquel nombre; pero no se podia aceptar la oferta en aquel momento por falta de noticias de los demás cuarteles, ocupados ya por los generales de la confianza de O'Donnell, que imposibilitaron la ejecucion de los planes concertados, aprovechando aquellos generales el tiempo que perdieron los que mas interés tenian en ganarlo.

Aun se hicieron esfuerzos en la tarde del 3 al entrar en Madrid la brigada de Alcalá. El comité progresista, declarado en sesion permanente, y mudando todos los dias de casa, no cesó de buscar y tratar con los comprometidos en Alcalá, de lo cual estaban encargados los mismos que allí habian trabajado con tan poca fortuna; afanábanse tambien en iniciar á la guarnicion de Madrid, Palacios, Lagunero, Hidalgo, Gaminde, De Blas, Montejo y todos cuantos tomaban parte en aquel pronunciamiento; mas todo se estrelló ante la negativa del comandante de Isabel II que era la base.

El movimiento efectuado con algunas fuerzas en Alcalá, en Molina de Aragon, no favoreció mucho á sus iniciadores, y fué origen de lamentables fusilamientos.

Los Merinos en Despeñaperros, Escoda en el Priorato, ayudado por Saqueta, Huguet, Martín de la Tecla y otros, y Ortega, Floria y Roye en Aragon, levantaron partidas que, con mas ó menos fortuna duraron poco.

Apresurada la constitucion del congreso que se efectuó el 4 de enero, se disolvieron todas las asociaciones políticas y mostróse enérgico O'Donnell contra los sublevados, no queriendo recordar que Prim no habia hecho mas que lo que él hizo en 1854, y aun andado por los mismos sitios, sin mas diferencia que á O'Donnell le salvaron los progresistas y á Prim no le ayudaron.

El malestar general era evidente: si el gobierno habia restablecido el orden material, estaba cada día mas perturbado el moral: nada se hacia para quitar á la revolucion su razon de ser: se asustaba O'Donnell de la libertad, y á la vez que rechazaba la investidura de dictador, imposible en una monarquía constitucional, pedia á las Cortes siete autorizaciones para que en todo el tiempo que mediase entre aquella legislatura y la siguiente, pudiera aumentar el ejército y la armada, legislar sobre los presupuestos y sobre la deuda, y hacer frente á las dificultades que preveia.

Y no eran estas pequeñas. Prim habia dicho que no habia terminado su obra, que no se consideraba vencido, y se reanudaron los trabajos de conspiracion, contando con los demócratas. Tambien se aprovechó el resentimiento de los sargentos de artillería con los oficiales del colegio que habian hecho revocar la disposicion de Córdoba que les permitia ascender dentro del cuerpo hasta comandantes.

Un incidente estuvo á punto de acabar con los trabajos que se hacian y sacar á los progresistas del retraimiento. Don Nazario Carriquiri, que, dada su posicion, no obraba por sí seguramente, deseó conocer la disposicion con que el partido progresista recibiria un ministerio moderado, sin Narvaez, que disolviera las Cortes, y abriendo el palenque electoral, llevara á él á los progresistas. Celebróse una conferencia en